

¡Oh y qué dichoso es Vmd.! exclamó el Corregidor. Tenianle contra toda razon por una espia, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su caracter. Prosiga Vmd., Don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan léjos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídele á Vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oímos desde la puerta del gabinete, el Corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el Capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel vandolero.

Quando Don Bernardo de Castelblanco hubo des-

despedido al Corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente y con toda priesa á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa muy contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no ménos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á enderezarme á su casa; pero quando estaba ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que quedé con este encuentro, ni pude ménos de estremecerme y de temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavia cierto ayrecillo de superioridad, me ordenó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Dónde me llevará? puede ser que tenga aquí alguna cueva obscura. No lo creo, pero si lo creyera en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me dispó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer el mejor vino, y ordenó que se dispusiese comi-

da

da para los dos. Mientras se disponia nos metimos en un quarto, y así que Rolando se vió solo conmigo me habló de esta suerte. Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero aun te has de admirar mas quando me hayas oído lo que te voy á contar. El dia que te dexé en la cueva, y partí con mis compañeros á Mansilla para vender las mulas y caballos que habiamos robado la noche anterior, encontramos al hijo de el Corregidor de Leon, acompañado de quatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometimoslos: hicimos morder la tierra á dos de ellos, los otros dos huyeron á quatro pies. Temiendo el buen cochero por su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor Corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les irritó mucho mas. Señores, dixo uno, no dexémos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A quántos de estos no ha hecho morir su padre? Venguémosles, y sacrificuemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente se disponia ya á ser el gran sacerdote en aquel sangriento sacrificio si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente, le dixe, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y

pues

pues no hace resistencia, seria una barbaridad el matarle. Fuera de que el hijo no es responsable de las acciones de su padre, y ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes y pasajeros.

Intercedí, pues, por el hijo del Corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Cogimosle todo el dinero, juntamente con los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendimoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvimos despues á nuestro soterraneo, donde arribamos al dia siguiente poco ántes de amanecer. No quedamos poco sorprendidos quando vimos levantada la trampa, y mucho mas quando encontramos á Leonarda fuertemente amarrada en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo sucedido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonamos la burla en gracia de la invencion. Luego desatamos á la cocinera, la di orden de que nos dispusiese de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y quatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguno que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya todo conocimiento, y nos pareció caso tan desesperado, que, á pesar de nuestra buena voluntad, abandonamos

aquel

aquel pobre diablo entre la vida y la muerte. No por eso dexámos de sentarnos á la mesa, y despues de haber almorzado opiparamente nos retirámos á nuestros quartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Quando despertámos nos dixo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevámos el cadáver á la cámara ó cueva donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos los funerales, como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Cinco ó seis dias despues sucedió que queriendo hacer una salida, encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres brigadas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para acometernos. Al principio no descubrimos mas que una. No la temimos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacámos; pero al mismo tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros, y nos rodeáron de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fué nos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, envueltos y encerrados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos brigadas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que habia sido descubierta de este modo. Atravesando el bosque un Labrador

de

de las inmediaciones para volver á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva, que dexaste abierta el mismo dia que te escapaste con la dama: sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta que se vió fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al Corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por quanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El Corregidor hizo juntar las tres brigadas, y las dió por guia al Labrador que habia descubierto el soterraneo.

Mi arribo á la Ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos los vecinos. Aunque yo hubiera sido un general enemigo hecho prisionero de guerra no hubiera sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan, y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenazeado, y no ménos sus dos compañeros. Presentáronnos al Corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dixo, el cielo cansado de tus delitos te ha abandonado á mi justicia. Señor (le respondí) es cierto que he cometido muchos; pero á lo ménos no tengo que acusarme el de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á

mi me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah miserable! (replicó) sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun quando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo! Despues de decir esto nos mandó encerrar en un calabozo, donde no dexó pudrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí estuve tres semanas enteras en la prision. Tuve por cierto que se dilatava mi suplicio para hacerle mas terrible, y en fin cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, quando al cabo mandó el Corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dixo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí mi hijo hubiera sido asasinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerle este gran servicio; pero no pudiendo absolverte como Juez, escribí á la Corte en tu favor. Pedí al Rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete donde quisieres; pero créeme (añadió) aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Entra en tí, y abandona para siempre esa desgarrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con resolucion de vivir tranquila y dulcemente en esta Villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su

herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbra los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no hacian la quarta parte de lo que debia heredar: ¿Pero qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleyto sino tener de ménos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia, pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en aquel honrado cuerpo todo el mundo interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los otros, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio (continuó Rolando) yo quiero descubrirte todo el interior de mi alma. No me gusta el oficio que he abrazado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh y quanto echo de ménos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exônerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita muy temprano para retirarme á las montañas que es-
tán

tán en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitán de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un General de un Oficial quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haría sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Hora bien (añadió) ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas; yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprender lo que emprendiste, te está todavía muy dentro del corazón; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida tranquila y sosegada á que te llama tu inclinación. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robásteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle en pocas palabras le conté toda la his-

to-

toria de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un ayre fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazón tan vil y baxo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones. Pero escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llevo á saber que alguna vez has hablado de mí... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada qual por su camino.

CAPITULO III.

Dexa Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre.

Quando salimos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez

se